

Al otro lado de los Vosgos

León Trotsky

25 de marzo de 1916

(Versión al castellano desde “De l’autre côté des Vosges”, en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Primero, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 127-129; publicado por primera vez en *Nache Slovo*, 25 de marzo de 1916, después en las *Obras* de Trotsky, Ediciones del Estado, Moscú-Leningrado, 1922)

Un periodista español dice que Sudekum está cansado de la guerra. Es más larga de lo que esperaba en septiembre de 1914. El lema de entonces era “Guerra al zarismo”. Luego cambió a “Contra Inglaterra”, al menos en las publicaciones de las clases a cuyos intereses sirve la guerra. Nadie propuso traer la bandera del antizarismo. Todos comprendieron que facilitaba el trabajo de los social-patriotas, extraviando al proletariado. En los círculos de iniciados surgieron divergencias sobre el siguiente punto: ¿Contra quién dirigir los golpes más enérgicos? Estas diferencias no tuvieron tiempo de convertirse en antagonismo político. Encontraron un terreno común de entendimiento momentáneo en el curso de las propias operaciones. Sudekum, y aquellos cuyas ideas expresaba, podían esperar que la Alemania industrial y la Rusia agrícola se complementaran, mientras que la lucha contra Inglaterra era una cuestión de vida o muerte. Los conservadores y los liberales nacionales bendijeron el trabajo de Hindenburg en el este, que le iba a dar vía libre en el futuro en el frente occidental. Esta gente quería una paz por separado con Rusia. Por otra parte, los círculos financieros antes vinculados a Inglaterra y Estados Unidos consideraban que su principal enemigo no era la Rusia zarista, por supuesto, sino la Rusia industrializada del futuro, y por tanto militarmente invencible. Consideraron que era su deber llevarse bien con Inglaterra y exigieron una acción decisiva en el teatro de operaciones occidental. Las contradicciones imperialistas estallaron en muchas etapas del conflicto, repercutiendo en todos los frentes. Por la propia dinámica de las operaciones, se llegó a Londres y París a través de Varsovia, y a través de Verdún, a Petrogrado.

Cuanto más se amplía el campo de acción, más claro resulta que el control económico y político (es decir, imperialista) de la guerra es cada vez menos real, que las luchas y consignas políticas se ven obligadas a seguir como sombras los avances y choques de las masas humanas. El militarismo, que debía desempeñar el papel de siervo sumiso del imperialismo, se vuelve casi autónomo (ésta es la lógica de las cosas) devorando automáticamente las fuerzas del país.

Cada aumento de la línea general de los frentes, provocado casi exclusivamente por los éxitos alemanes, ha unido el orgullo patriótico y el asombro político en el corazón de las clases dirigentes. Este aumento plantea cada vez nuevos problemas históricos, dada la imprecisión de las posibilidades militares y productivas. En el vigésimo mes de la guerra, el periódico *Kölnische Volkszeitung*, bien considerado en los círculos dirigentes, escribió: “Hay que dar al pueblo alemán un ideal de guerra... El hombre que proporcione este ideal será llamado *grande* por la historia”. Es perfectamente natural que las dificultades planteadas por la propia acumulación de éxitos conduzcan a una agravación de las contradicciones imperialistas. La base objetiva de esta crisis, que ha tomado un cariz extremadamente agudo en los círculos dirigentes, se revela significativamente con el envío al retiro del almirante Von Tirpitz, miembro de un círculo violentamente antibritánico. En el lenguaje de la intriga burocrática, esto significaba la “victoria” del canciller, un notable empírico en las fluctuaciones de la guerra.

La crisis interna entre los dirigentes crece como consecuencia del descontento de los dirigidos. El gobierno continuado de un grupo de explotadores durará hasta el día en que este descontento se convierta en revolución. Por el momento, en el Reichstag reina una atmósfera de desconfianza y nerviosismo. Cansados de la guerra, los partidarios de Sudekum se agolpan en torno al canciller, en cuyo posibilismo imperialista ven la línea de menor resistencia (para los dirigentes y para ellos mismos).

En la última sesión del Reichstag, los socialdemócratas salvaron a su “antianexionista” Bethmann-Hollweg. Por el contrario, para el ala izquierda del partido, la toma de conciencia cada vez mayor de las masas y la ansiedad de los dirigentes crean circunstancias que no podían ser más favorables. En el Landtag, esa ciudadela de los junkers, Liebknecht (según un telegrama de Havas) “llamó a los combatientes en las trincheras a apuntar sus armas contra el enemigo común, el militarismo y el capitalismo”.

Los trabajadores de Essen, el bastión de la Krupp del que parten las máquinas infernales de la muerte hacia el frente, están unidos en la oposición a través de sus representantes. Si hoy los que fabrican las armas son los que se hacen eco de la voz de Liebknecht, mañana lo serán los que las apuntan.

Entonces la resolución de las contradicciones avanzará a pasos agigantados y las masas trabajadoras de Alemania (y no sólo de Alemania) encontrarán el ideal para su propia guerra. Liebknecht y sus amigos no pueden dudar de que, bajo las condiciones actuales, toda voz revolucionaria despierta un doble eco.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es